

los de la exposición del ideario americanista y, además, entre otros, de menor importancia, los de descripción del país mexicano y de los acontecimientos sociales allí observados. Se convertía, así, claramente, en la continuadora de la tradición de los escritores periodistas latinoamericanos, a la que el modernismo había dado prestigio con sus actitudes cosmopolitas en crónicas de rara elegancia. Esta tradición es explicable, entre otras razones, por la necesidad del escritor, en ambientes como los de los países latinoamericanos en los que la vida cultural no está progresista ni suficientemente organizada, de hallar en el periodismo un medio de subsistencia económica a la vez que una posibilidad de viabilizar sus propios proyectos literarios. Había sido el caso de José Martí y lo sería incluso el de Rubén Darío, sobre todo en su juventud, así como el de ella que, si bien es cierto no vivía exclusivamente de labores periodísticas —para eso tenía la pensión que le había sido concedida por el Congreso chileno—, contribuían en buena medida a aliviar sus relativos apuros económicos. Esa adhesión al periodismo ilumina muchos de los rasgos de la prosa mistraliana. Las imprecisiones de un género como el de la crónica, en el que la información, los comentarios y las ideas están instilados en un personalismo de estilo a la manera de ensayo literario, relato autobiográfico, semblanza de autores, descripción de paisajes y acontecimientos, etc., permitió a la Mistral despreocuparse por los límites de formas y géneros literarios tradicionales. Y de esa forma nacieron sus «Recados». Eran éstos, bautizados así por ella, las crónicas, ensayos o artículos dirigidos a periódicos o revistas, en calidad de mensajes enviados desde la distancia de su autoexilio, con el objeto de exponer públicamente sus opiniones sobre los asuntos más diversos. Abandonada su admiración por Vargas Vila, que había sido con Amado Nervo y Rabindranath Tagore uno de sus modelos literarios de juventud, Gabriela logró distinguirse por un estilo personal, ya suficientemente definido desde el período de su estancia en México. El uso de algunas voces coloquiales que lo hacían familiar, se acentuaba por el modo de hilvanar las palabras como al acaso, con un aire de naturalidad y cordialidad, que da a su escritura una agilidad nerviosa, tierna y precisa a la vez, con ese carácter de conversación emocional, metafórica e intuitiva que no deja de ser firme, inteligente y de aliento largo para la descripción y las explicaciones razonadas. Con tal instrumento nuestra autora podía ir graduando el discurso para acomodarlo a las necesidades expresivas del momento, variándolo según se tratara de crónica o artículo informativo, entrevista literaria, reseña de libros, prosa poética o incluso prosa oratoria, como veremos más adelante.

Esas cualidades expresivas han llamado la atención de los críticos, que han querido ver la afluencia de la prosa de José Martí en la suya. Ciertamente, la figura de Martí fascinó a nuestra autora. Por los ímpetus de solidaridad social y por las ideas panamericanistas del cubano, era natural que así fuera, ya que ellos coincidían con sus propios ideales de una sociedad justa y democrática. Martí vino a ser para ella un modelo de humanidad y valentía en su madurez, como en su juventud lo había sido Amado Nervo en lo sentimental y en lo religioso. Pero, aunque aprendiese de él una cierta vivacidad de expresión y, sobre todo, una manera elíptica de designar seres y objetos, su prosa dista de la escritura martiana lo suficiente como para que sea exagerado hablar de una semejanza entre ellas. No he leído un solo texto de la Mistral en el que pueda decirse que hay una influencia completamente determinante de Martí. La frase larga

y complicada, en la cual la idea corre aceleradamente por el sinuoso cable eléctrico del párrafo enorme, característico del héroe cubano, poco tiene que ver con las oraciones medias y puntuales, dispuestas con gracia, entre dejos de lengua oral y párrafos de regular extensión, propios de nuestra autora. Es en la concisión y en el lucimiento expresivo de las imágenes donde pueden hallarse algunas afinidades, pero nada más. Como en la conocida locución martiana: *Palabras, no puedo* —que sobreentiende: «No puedo decir más palabras»—, y la que aparece en Gabriela, en una charla leída el 18 de abril de 1938 en la Sociedad Hebraica Argentina: *Cuentos, no los tuve en libros*. Nótese que la construcción es muy semejante: *Palabras, no puedo/ Cuentos, no los tuve*. Pero, mientras que en Martí la elipsis es más violenta, en la Mistral lo es menos, se debe sólo al ahorro del artículo y al orden imprevisto de las palabras para causar la impresión de frase dialogada y enérgica. En el fondo, si ambos coinciden es porque tenían un antecedente común —Santa Teresa de Jesús—, mediante las alteraciones en el orden de los miembros de la cláusula y la estratégica posición de los vocablos, es decir, mediante anacolutos sorprendidos, generadores de vigor expresivo y de una impresión de espontaneidad afectiva. Esos recursos, sin embargo, se conciertan en la prosa mistraliana con otros no menos caracterizadores de su estilo y que la singularizan de modo que el rastro de influencias queda difuminado. Y esas coincidencias con Martí, además, indican el ascendiente de un castellano clásico que, en parte bebido en lecturas de los escritores del Siglo de Oro, como en el caso del cubano, en nuestra autora eran huella de ese castellano rural de su infancia en Monte Grande y del que ella solía enorgullecerse como señal de identidad que los conquistadores y primeros colonizadores españoles habían llevado consigo al continente americano, en el siglo XVI, y que todavía se conserva en vocablos y giros sintácticos en los repliegues remotos de la vida campesina latinoamericana. Esa apelación a arcaísmos y voces regionales era la manera con que Gabriela gustaba de evocar su origen humilde, su ligazón de sangre y simpatía con el pueblo chileno y, por otra parte, imprimía a su escritura un aire de charla entre campechana y maliciosa, como sería la de la gente del campo que habla a forasteros con llaneza y, a la vez, con prudencia y picardía. Añadamos su afición a los neologismos, a variar las palabras en su forma natural para hacerlas decir lo que ella quiere expresar con efusión y exactitud imaginativa, y creo que tenemos así una imagen más precisa de su estilo peculiar.

Temáticamente, su obra creció desde su época mexicana. Los temas de la enseñanza pública la absorbieron durante toda su vida y en México halló incentivos para dedicarles especial atención, como lo testimonian los artículos enviados al *Mercurio* por esos años. También los problemas sociales, y por derivación el método político de resolverlos, la preocuparon de por vida. En tierra mexicana tuvo lugar propicio para desarrollarlos, tratándolos con la amplitud y seguridad de miras que le daba su experiencia de educadora, y fue entonces cuando definió su «cristianismo con sentido social», como titularía un artículo aparecido en Nueva York en 1924. Simultáneamente a esos intereses, sus incitaciones a la unidad espiritual de Latinoamérica, como consecuencia lógica del mestizaje cultural y racial, tuvieron en ese tiempo una realización más firme y mejor definida, que terminaron por afianzar los viajes, su conocimiento de importantes personalidades de la política y la cultura, y su representación de Chile en la So-

ciudad de las Naciones a partir de 1926. Por cierto, su nomadismo en países europeos —Italia, España, Francia, Portugal, Suiza, Bélgica—, le proporcionó material abundante para sus artículos sobre arte y literatura, y cultura en general —temas que ya habían ocupado su atención en México—, a los que agregaría su admiración creciente por las artes manuales. Así, en Marsella, a raíz del anuncio, por parte del alcalde de la ciudad, de la fundación de un museo de oficios artesanales, Gabriela escribiría un artículo, publicado en 1927, en el que elogiaba la decisión municipal, pronunciándose a favor de un gremialismo a manera del que había existido en las ciudades italianas renacentistas. Esta es una idea que sostendrá con firmeza en las siguientes décadas y en la que fundamentará parte de sus aspiraciones a la democracia y a un mejor gobierno de las sociedades latinoamericanas y, especialmente, de la sociedad chilena. Con motivo de estas conmemoraciones, viene hablándose de sus actitudes democráticas e incluso, por su carácter indómito, de un cierto espíritu revolucionario. Lo curioso, sin embargo, es que en tal artículo la Mistral se declare partidaria de un mecenazgo, por parte de los acaudalados, que proteja «el trabajo manual hermoso», como dice con sus mismas palabras. Y lo más curioso es que, declarándose por ese entonces antifascista, al conocer de cerca el régimen de Mussolini, vea en el gremialismo artesanal una solución adecuada a las sociedades de América Latina y admire a los artesanos europeos, en palabras textuales, en calidad de «frutos de la vigilancia inteligente del Estado». En honor a la verdad y para no manipular su imagen ni desfigurar lo que ella decía, llevándolo a situaciones actuales que no vivió y ante las que, por tanto, no podía tomar posición, hay que decir que, aun teniendo intenciones democráticas como realmente las tenía, ese artículo de 1927 hace ver que esas ideas, al propugnar una intercesión económica de las clases pudientes dirigidas a las asociaciones de los artesanos, peligrosamente y sin que al parecer la Mistral se percatase, no estaban tan lejos como podría parecer de un corporativismo, que el régimen fascista se empeñaba en impulsar y que concordaba con los objetivos de fortalecer la autoridad estatal en Italia. No se tome a mal lo dicho. Este desliz revela, como sucedería a otros intelectuales de la época —al mismo Vasconcelos, a Raúl Haya de la Torre, a José Carlos Mariátegui, entre otros—, que su coherencia ideológica se veía nublada por ciertos esguinces contradictorios, al cabo propios de un sector de las sociedades latinoamericanas, en proceso de liberación de sus propios prejuicios, lo cual aconseja considerar, si es que queremos ser realmente honestos para con nosotros mismos y para con los demás, que una posición democrática no quiere decir necesariamente una posición revolucionaria y que las personas no siempre están en condiciones de ir más allá de sus circunstancias y de su propia formación mental, por más esfuerzos que realicen, como fue el caso de Gabriela, cuyo pensamiento era eminentemente reformista y conciliador, correspondiéndose con un conservadurismo que, siguiendo a un tiempo la línea democrática que era su ideal, anhelaba una armonía de los intereses individuales dentro de una norma colectivista. Y esto último no lo digo yo precisamente, está dicho por Luis Arrigoitia Rodríguez en un artículo titulado: *Gabriela Mistral, ideas pedagógicas en su periodismo americano*, publicado en la revista *Pedagogía* de la Universidad de Puerto Rico en 1964 (XII, n.º 1, pp. 85-97).

En la década de los años cuarenta, los temas sociales ocuparon aún más su atención que en la década anterior, haciendo disminuir el número de sus crónicas. La prosa de